

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " 1 pta. " "	
100 " " " " " 5 " " "	
500 " " " " " 25 " " "	
1000 " " " " " 50 " " "	

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCIPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

La primera palabra

Había recibido el telegrama comunicándole escuetamente el asalto de la fábrica por los huelguistas y reclamando su presencia en la ciudad; dejando cuantos negocios le retenían en París, había tomado el primer tren aprovechable, el rápido de las ocho de la noche, y he aquí que estaba llegando a la población devorado por la impaciencia, trémulo de ira, imaginando las represalias más duras. Como cuando se recibe un parte de familia anunciando la imminente gravedad de uno de sus miembros sospechase enseguida la defunción, así él agrandaba los sucesos y veía el edificio donde se hallaba instalada su industria con sólo las paredes maestras en pie, y todo lo demás, naves, maquinarias, filaturas, arrasado, incendiado, deshecho. Al fin el convoy entró en agujas, se paró en el andén y el industrial vió ante sí al apearse al jefe de los talleres que le esperaba.

—¿Qué?—le preguntó ansiosamente.—¿No ha quedado piedra sobre piedra?

—¡No tanto! repuso el jefe de los talleres interrumpiéndole para tranquilizarlo.—La Guardia civil acudió muy a tiempo y pudo evitarse el incendio; pero las pérdidas son grandes porque han destruído los telares y destrozado buena parte de la maquinaria, ensañándose con el nuevo automotor.

—¡Oh, sí! ¡Imbéciles! ¡La falsa idea metida en su cabeza de que eso iba a ocasionar despido de gente! ¡Como si no me conocieran, como si hubiera demostrado mil veces que yo no soy capaz de dejar a nadie en la calle! ¿Y la cooperativa médica y alimenticia, y la caja de retiros? Pues qué, ¿no saben ellos que con sus cuotas no podrían sostenerla, que se hubiera hundido sin mi ayuda?

Le contó entonces el jefe de talleres cómo se había desarrollado el motín a instigación de dos obreros

del taller de lavado, Juanuco y el Porrás (ya sabe usted, los de siempre, los dos eternos rebeldes); cómo habían entrado en las naves armados de barras de hierro, atropellando al pobre portero, un buen veterano retirado del ejército, que lloraba de rabia, y cómo a trompazo limpio habían destruído cuanto encontraron al paso.—Y gracias a que su familia de usted no había venido aun de Madrid a pasar aquí la Semana Santa! En seguida les avisé que suspendieran su viaje; mil encomios merece la prontitud y el celo de los guardias acudiendo a defender la fábrica. Sin su pronta intervención yo creo que concluyen por arrasarla.

—¿Y se ha hecho algún preso?

—¡Cuatro mujeres y los dos sudichos!

—¡Oh! ¡Yo les sentaré la mano!

Llegaban a la fábrica, el industrial soltó las riendas, se bajó del familiar que había venido guiando él mismo, y mientras un criado las recogía, contestando cariñosamente al saludo del pobre portero, especie de lobo de bigotes en punta y honrado rostro, entró en el portalón seguido del jefe de talleres.

Una por una recorrió todas las naves con la muerte en el alma y la indignación en el pecho. No llegaba el destrozo a la total destrucción, pero en todas suertes las pérdidas eran considerables, pues sobre no haber media docena de piezas sanas, la recomposición significaba tiempo, y por ende forzoso paro. El cuadro producía verdadero horror. Los tirantes de correa partidos, las mesitas del taller de carretes derribadas muchas de ellas y otras rotas, los émbolos y las ruedas de las máquinas desencajadas, desarticuladas, arañada su pintura o su bruñido las telas de los depósitos revueltas, rasgadas; los libros de las oficinas por el suelo y, sobre todo, el automotor sin una pieza sana; sobre él había llovido la mayor lluvia de golpes. El industrial concluyó de figurarse la ruina en presencia de los despojos. Se adivinaba allí claramente la marcha del tumulto, el desbordamiento

de los obreros en cada cuadra escogiendo sus víctimas, el furor de los asaltantes.

El industrial enteróse de todo, de los pasos dados, de la comenzada sumaria, de los obreros que más se habían distinguido por su saña, de la actitud de las autoridades, del procesamiento de los detenidos, y sentado en su sillón del despacho, desde el que veía todas las mañanas el movimiento de la fábrica, todavía trémulo de ira, exclamó como resumen y compendio de sus intenciones:

—¡Yo les aseguro que me las pagarán! Por de pronto me mostraré parte en la causa contra el Porrás y Juanuco.

II

Entró el industrial en la catedral, sumida en profunda sombra, en ocasión que un sacerdote, asiluetada su figura en la espesa penumbra, predicaba el patético sermón de las Siete Palabras. No había en el espacioso templo otras luces que los dos altos cirios del altar mayor iluminando vagamente el pálido escorzo de un gran Cristo con la cabeza inclinada y los brazos abiertos. El resto de la Iglesia desaparecía tragado por las espesas tinieblas, adivinando más bien que viendo en la amplia nave mayor la mucha dumbre arrodillada y devota que escuchaba los sentidos acentos que desde la sagrada cátedra caían sobre ella, recordándole la abnegación sublime de Aquel que había sabido inmolarse para salvar a la humanidad.

El industrial era buen cristiano, y arrojándose a uno de los gruesos pilares, escuchó como todos, y con los ojos de la mente fué viendo el sublime drama del Calvario evocado por aquella dolorida voz que en el gran silencio del templo pintaba las amarguras supremas, las angustias inconcebibles de Jesús, afrentado y escarnecido sin encontrar el más leve asomo de compasión en sus verdugos. Y siguiendo el hilo del discurso miraba el crucifijo del altar mayor, alumbrado por los dos cirios, y le parecía que

el macerado y divino cuerpo no era de madera, sino de hueso y carne, y que palpitaba y se estremecía, y que sudaba, y que sus ojos se entreabrían, y que sus llagas destilaban sangre caliente. Y por una asociación de ideas natural con el atropello que él acababa de sufrir, siempre fijo en su imaginación, pensó en su ira, en su indignada cólera, en sus propósitos de venganza, en sus decisiones de perseguir sin piedad a los amotinados, en las influencias que pensaba poner en juego para castigarlos, en el dinero que iba a emplear en hacerlos polvo, e instintivamente comparó sus designios con la humildad, con la mansedumbre, con el amor al prójimo del divino crucificado que, enteramente olvidado de sí mismo, expiraba hacía muchos siglos a aquella misma hora, no teniendo más que palabras de conmiseración para los que le habían clavado en la cruz y pidiendo a su Padre celestial en sus últimos instantes el perdón de los delincuentes en una solemne invocación inmortal, resumen no superado nunca por abnegación alguna:—Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.—Y consideró entonces su soberbia, lo mezquino de sus impulsos, lo bajo de sus designios, y pensó que no con durezas e iracundias sino con paciencia cristiana y conformidad humilde era como debían combatirse las coacciones de los que quizá más ilusos y obcecados en su ignorancia que malos y perversos, y de pronto sintió licuarse sus odios y que una piedad súbita llenaba un sitio en su corazón.

III

El asombro del jefe de talleres no tuvo límites cuando aquella misma tarde le dijo el industrial en su despacho.

—Renuncio a mostrarme parte en la causa, y perdono a esos dos desdichados, y perdono a todos. Es preciso recomponer en seguida lo roto y rehacer lo inútil, y ya hablaremos del medio de aumentar algo los jornales, que son en verdad escasos. Y desde mañana a trabajar.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

El Intrínquilis

Ha llegado a nuestra manos una hoja escrita por los libre-pensadores de cierto lugar (excusado es nombrarlo) que, por la mala sombra con que está escrita, pudiera pasar por hoja de manzanillo. Los partidarios del pecado libre, lanzándose en esa hoja sobre el tercer Sacramento de la Iglesia, que sin duda les estorba, despotrican furiosamente contra la confesión sacramental, mientras disparatan, barbarizan y al fin acaban enseñando la oreja, que es una parte del cuerpo que ciertas gentes no debían enseñar jamás.

—¡Padres y madres que tenéis hijos!

exclaman sentimentalmente los voluntarios del pecado mortal;—¿qué necesidad tenéis de confesar vuestras faltas a otro hombre? Es una vergüenza descubrir a nadie las miserias del corazón.

—Más vergüenza es tenerlas y no limpiarlas, caballeros; y sin embargo, en vez de indignaros contra la miseria, os indignais contra la mano que la quita.

—¡La civilización, el progreso, la libertad, la paz de la conciencia, todo se compromete con esas confesiones!

—Claro está; como que al confesarse no hay ladrón que no se comprometa a restituir lo robado, ni tahur que no se obligue a dejar sus vicios, ni usurero que no tenga que cortarse las uñas, ni bigardo que no tenga que abandonar a su bigarda.

—¡La paz de la conciencia! ¡ah! la paz de la conciencia es muy hermosa.

—¡Ah!, sí; eso de meter la mano al bolsillo del prójimo para quitarle los cuartos, meterla en su familia para birlarle la honra; o armarle una zancadilla para quitarlo de enmedio, y luego tumbarse a la bartola, y descansar a pierna suelta haciendo la digestión de la picardía mientras se lee por ejemplo algún tratadito de moral laica que asegure que no hay infierno, o algún periódico laicínico que hable contra la confesión, eso es muy hermoso.

—Pero es que nosotros no creemos que la confesión sea una institución tan antigua como los primeros cristianos, sino una invención de los curas.

—¡Alto ahí! que sobre eso ya hay mucho que hablar.

Por ejemplo, allá va una pruebacita de lo moderna que es la confesión.

En el siglo diez el emperador Othon se confesaba ya con S. Uldarico, Obispo de Augsburgo.

En el siglo nueve Carlos Magno se confesaba con Hildebrando, Arzobispo de Colonia.

En el siglo octavo Carlo Martel se confesaba con S. Martin, monge de Corbie.

Y en el mismo siglo los cánones del concilio primero de Germania mandaban que cada jefe militar tuviese un confesor para sus soldados.

Y antes el siglo séptimo S. Amsberto, Arzobispo de Ruen, confesaba al rey Thierry.

Y antes en el siglo sexto Juan, Patriarca de Constantinopla, escribía estas palabras en su ritual para las iglesias de Oriente.

«No soy yo, hijo mío, el que te perdono tus pecados, sino el mismo Dios quien te absuelve por mi ministerio... Confianza».

Pero antes en el siglo quinto San Juan Crisóstomo escribió también:

«Imitemos a la Samaritana sin avergozarnos de declarar nuestros pecados; pues el que no los confesase al sacerdote los oíría revelar en el día del juicio.»

Y en el mismo siglo escribe San Agustín:

«Nadie diga yo hago penitencia en secreto delante de Dios, bastando que el que me haya de perdonar conozca la penitencia que hago en el fondo de mi corazón. Si así fuese, sin razón habría dicho Jesucristo: *Lo que desatáis en la tierra será desatado en el cielo.* Por consiguiente, no basta confesarse con Dios, es preciso hacerlo con los que recibieron de El el poder de atar y desatar.»

Y antes en el siglo cuarto San Basilio se expresaba de esta manera:

«Es absolutamente preciso descubrir nuestros pecados a los que han recibido la dispensación de los ministerios de Dios.»

Y antes en el siglo tercero Orígenes escribía también así:

«Si nos arrepentimos de nuestros pecados y los confesamos no solamente con Dios sino también con los que puedan remediarlos, ellos nos serán remitidos, (esto es, perdonados.)»

Y antes en el siglo segundo escribía Tertuliano, y decía:

«Muchos rehuyen confesar sus pecados porque cuidan más de su honra que de su salud, semejando en esto a los que, afligidos de una enfermedad secreta, ocultan al médico su mal hasta que fallecen. ¿Es preferible condenarme callando, que salvarme declarando?»

Y antes en el siglo primero decía San Clemente discípulo y sucesor de S. Pedro:

«Convirtámonos de corazón mientras estamos en este mundo, porque al dejarlo no podremos confesarnos ni hacer penitencia.»

A lo que añadía el Apóstol Santiago:

«Confesad vuestros pecados uno a otro.»

Y el apóstol S. Juan:

«Si confesáremos nuestros pecados, fiel es y justo el Señor para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.»

Conque aquí tienen ustedes a todos los cristianos confesándose, y predicando la confesión por espacio de veinte siglos ¡Qué tal!... ¿era moderna la confesión?

—Pero ¿quién instituyó la confesión?

—Jesucristo, después de confirmar con tres años de sublimes enseñanzas y de grandes milagros que es el Hijo de Dios y la Verdad Eterna; después de triunfar de la muerte con su gloriosa resurrección y por medio de estas palabras dirigidas a sus apóstoles:

RECIBID EL ESPÍRITU SANTO. A LOS QUE PERDONÁREIS LOS PECADOS, PERDONADOS LE SON; Y A LOS QUE SE LOS RETUVIEREIS LE SON RETENIDOS.

Conque ¿están ustedes satisfechos?

A. CLAVARANA

Causa contra Jesucristo

IV y último

Pilato no era perverso, como hemos visto en sus esfuerzos por salvar a Jesús. Pero era funcionario público: le convenía conservar su alta posición, se le intimidó con gritos que ponían en duda su fidelidad al emperador, temió y cedió, y amedrentado, sube a su tribunal, disponiéndose a pronunciar nuevo fallo como si se hubiese producido pruebas.

Todavía le detiene el grito de su conciencia, su mujer le dice:—No te comprometas en el negocio de este justo;—y apela a otro recurso procurando decidir al populacho aceptase a Barrabás en lugar de Jesús.

«Pero los sacerdotes excitaron, dice San Marcos, al pueblo para que pidiese más bien la libertad de Barrabás;» ¡de Barrabás! asesino.

Todavía les dice Pilato.—¿Pues qué queréis que haga de Jesús?—*Tolle, tolle, crucifige*,—gritan.—¿Hé de crucificar a vuestro rey?—les repone Pilato con objeto de aplacarles con estos términos burlescos; pero ellos mostrándose entonces más romanos que Pilato, le responden con hipocresía:—Nosotros no tenemos otro rey que César, (San Juan.) Y gritan de nuevo *crucifige crucifige*. Y estos clamores se hacían más y más temibles, dice San Lucas.

Al fin, anteponiendo Pilato su bien y su deber, y visto lo infructuoso de todas sus tentativas por evitar el duro trance de la muerte de Jesús, que ningún influjo podía ganarse sobre aquella turba fanatizada, y que antes bien crecía más y más el tumulto, reclama la atención de la multitud, y se dispone a pronunciar sentencia, si merece tal nombre un acto de temor y debilidad, impuesto por la muchedumbre, sin libertad necesaria en el que la dicta, sin que nuevos testigos, sin que nuevos documentos, hayan venido a variar su opinión, una y otra vez declarada, de la inocencia de Jesús.

Pide agua Pilato, y lavándose sus manos delante de todos:—*Estoy inocente*, les dice, *de la sangre de este justo, vosotros sereis de ella responsables.*—Y accedió a su petición, entregándole a sus enemigos para que le crucificasen.

Corramos un velo sobre los inicuos tratamientos a que se entregaron estos, enseñándose con el sacrificio, sobre las horribles vejaciones que sufrió, y de que debiera haberle preservado el que mandaba en nombre del Roma, siquiera por decoro de la reina de Orbe, ya que no a la humanidad y al respeto que se debe a la justicia, que nunca debe presentar el gobernante cruel sino severa, nunca vengadora sino imparcial. Los últimos momentos del que más beneficios procuraba al género humano,

del que había venido a redimir el mundo, fueron acompañados de todo género de vejaciones, de todo género de ultrajes y de injurias; vejaciones, ultrajes e injurias que no terminaron con su ejecución. Sobre la misma Cruz rogaba Jesús al Eterno por sus verdugos, que apellidaba hermanos, y allí mismo recibía insultos que cubrieron de ignominia al que debió evitarlos, al que se creyó exento de culpa, lavando sus manos, culpable, cediendo por debilidad a una exigencia popular, que condenaba a Jesús con resuelta mala voluntad. Así lo ha comprendido la Iglesia, que viene repitiendo por tantos siglos, *padeció bajo el poder de Poncio Pilato*. Su nombre ha pasado al través de tantas generaciones, para servir de lección a los jueces cobardes, para ponerles de manifiesto la ignominia de ceder contra la propia convicción. Verdad que tal vez peligraba su vida: pero aun cuando así fuese, vale más recibir qué dar muerte. De todos los funcionarios, ninguno necesita más que el juez entereza y valor para saber morir, si es preciso, en cumplimiento de su deber, en holocausto de la justicia, a la que todo se debe sacrificar.

Era costumbre entre los romanos poner sobre la cabeza de los crucificados un rótulo, extracto de su sentencia, para notoriedad de su crimen, y siguiéndola hizo Jesús inscribir en lo alto de la cruz las palabras *Jesús Nazarenus Rex Judeorum* representadas por sus iniciales I. N. R. I.

Los príncipes de los sacerdotes, a cuya perversidad nada se ocultaba, todavía tuvieron que decir de estas palabras, temiendo se tomasen como afirmativas, y pretendieron que se dijese que él se llamó rey de los judíos. Pero Pilato, replicó resistiéndose a esta exigencia.

Víctima de una acusación política, pereció Jesús por el crimen imaginario de haber querido atentar contra el poder de César, titulándose rey de los judíos. Acusación tan destituida de fundamento como absurda, en que jamás creyó Pilato, y que tampoco creyeron los mismos que le hicieron este cargo, tan distinto del primero, y que improvisaron en casa de Pilato, viéndole tan indiferente en materia de religión, y creyendo escitar su celo por el César, llevó a la muerte al Redentor del mundo para que se cumpliese la voluntad de Dios. ¡Si le sueltas, no eres amigo del César! Palabras terribles que han resonado tantas veces en los oídos de jueces meticulosos, que a ejemplo de Pilato han sido criminales entregando débiles las víctimas, que a escuchar los gritos de su conciencia jamás habrían condenado.

Volviendo a la primitiva aserción ¿no está demostrado que Jesús, considerado únicamente como hombre, no fué juzgado con arreglo a la ley?

Dios en sus eternos designios, dice Mr. Dupin, de quien tanto hemos tomado, ha podido permitir que sucumbiese el justo a la malicia del hombre; pero ha querido que se realizase ofendiendo todas las leyes, traspasando todas las reglas, a fin de que el desprecio absoluto permaneciese como primer indicio de la violación del derecho.

Vosotros, diré a los paganos, que habeis alabado la muerte de Sócrates, ¿cómo no admirareis la muerte de Jesús! Censores del Areópago, ¿cómo podreis acometer la empresa de escusar a la sinagoga, y justificar al Pretorio? La filosofía no ha vacilado en proclamarlo, y debese repetir con ella: «Si la vida y la muerte de Sócrates, son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús, son de un Dios.»

Al Cristo de mi cabecera

Tú velas en la Cruz, donde clavado te deja y vergonzoso y dolorido, más que el odio de un pueblo fementido, la pesadumbre inmensa del pecado.

¡Tú velas en la Cruz! y descuidado duermes a tus pies mi espíritu rendido en brazos del silencio y del olvido, de un sueño en otro sueño transportado.

No sabe si hallará cuando despierte los dolores y halagos de la vida o el juicio y residencia de la muerte.

Si tú, Señor, le compadeces, cuida de hacerle amar tu hora, la de verte, si esperada quizás, siempre temida.»

Amós de Escalante.

(Y D. Benito Pérez Galdós ¿qué dirá al que igualmente tiene a la cabecera de su lecho, después de las campañas anticatólicas que hace en el teatro, en la prensa y en el libro?)

Charla

—¿Qué le pasa a usted?... ¿Por qué se queda así haciéndose cruces al verme salir de la Iglesia?...

—Pues no me ha de chocar, hombre, no me ha de chocar? Un anticlericalazo como tú, de propaganda activa, orador furibundo contra todo lo divino y lo humano... ¿Has venido acaso, tu defensor (?) entusiasta de la libertad, a atropellar la de los católicos en sus mismos templos?... ¿A reírte de nuestro culto? ¡Ten cuidado, que los católicos también somos hombres!

—No, señor, no he venido a tal felonía; he venido en esta Semana Santa a confesar y comulgar con la mayor devoción posible, después de once años que no lo hacía, desde que me casé.

—Entonces te felicito y te deseo perseverancia en el camino emprendido. Pero, ¿podrías contarme cómo ha sido ese cambio?

—No hay inconveniente en contárselo a usted y a quien quiera oírme. Los que me han convertido no fueron sus correligionarios sino los míos, es decir los que fueron míos, que ya no lo son.

—Voy de sorpresa en sorpresa; explícate.

—Usted sabe que yo, aunque de ideas avanzadas, siempre conservé a Dios gracias, cierta lucidez e independencia de juicio que me impedía *comulgar con ruedas de molino* en muchas de las cosas que contaban y escribían de los del campo de enfrente mis compañeros. Peroré, sí, en bastantes mítines contra la Iglesia y el clericalismo, basándome en libros que creía históricos, pero que hoy se que son burdos novelones escritos por asalariados y gentes de mala intención.

—Así es, así es; de esto yo pudiera decirte mucho.

—Ya lo se. Usted tiene más motivos para saberlo que yo. Lleva muchos años de observación y de estudio. No podía convencerme aquello de que para regenerar la sociedad se

hacía necesario odiar siempre con odio de muerte. Odio en nuestros periódicos, en nuestras conversaciones, en nuestros pensamientos contra quienes no pensasen y obrasen como nosotros, contra los que tuviesen más que nosotros; así que todo el que en nuestras filas comete algún atentado personal, asesina a su prójimo por ser rico, por ser religioso, etc., etc., es mirado y honrado como un héroe. Ya sabe usted lo de Ferrer. Nunca se dice de un católico que es buen católico cuando obra el mal, cuando es un hipócrita y nosotros somos los primeros en escandalizarnos de ello. Con estas cosas poníame a pensar algunas veces: Pues, señor, no lo comprendo, queremos edificar, regenerar y el odio destruye, envilece, no deja vivir feliz, esto no es vida, esto es un infierno. Los católicos predicán el amor y lo practican sembrando la tierra de establecimientos benéficos. Los nuestros... son Centros de corrupción.

—Los hijos del mal, que son los discípulos de Lucifer, no viven otra vida que la del odio, no al vicio, claro está, sino a la virtud y a las personas que con ella brillen, y Dios, juzgando en su día a estos hombres que, en virtud de la libertad sagrada que El les otorgó para merecer, se empeñaron en ir por los caminos del odio, en la mansión de eternos odios los sepulta. ¿Puede darse desgracia mayor?

—Hay entre mis excorreligionarios muchos tontos de capirote y muchísimos granujas que explotan a los primeros. Aquellos no piensan, no hacen más que lo que estos les mandan, estos, que viven muy a lo grande, son legión tan numerosa como borreguil. Iba yo poco a poco estudiando a mis colegas y la verdad, cada vez estaba menos satisfecho de ellos. No me honran, pensaba, no me honran. Todos los criminales se confiesan anticlericales como yo, y si algún católico se viene con nosotros es para ser un *perdís*, al poco tiempo. En verdad que mi filiación política y social no es recomendable.

A última hora, algo notaban en mí ellos, pues no perdía yo ocasión de echarles en cara sus inconsecuencias; así le dije a uno cierta vez que todo se volvía aspavientos y lamentaciones con los horrorosos atropellos y crímenes del clericalismo. ¿A qué vienes con tales mojigaterías, si eres de los primeros en matar a tu mujer y a tus hijos a golpes y de hambre mientras que a tí no te falta el dinero para comilonas y fiestas?

—Como ese hay muchísimos. Yo los conozco que ganan seis y ocho duros por semana y dejan en casa para la mujer y cinco chiquitines ¡dos duros! nada más.

—Bah, se yo cosas peores, que no las cuento ahora por no entretenerle demasiado.

—Para hacer propaganda de nues-

En el próximo número

“Importante para nuestros suscriptores que estén al corriente en el pago”

tros sacrosantos ideales, acordaron una noche en junta pedir a don José Nakens unos cuantos cientos de las hojitas que él vende para ir viviendo. Yo me opuse, exclamando: a cualquier otro menos a ese. D. José Nakens con su papelucho «El Motín» está desacreditado. Varias veces ha sido procesado y castigado por calumniador. Todos sabemos que fué el ocultador de Morral cuando la bomba aquella de la calle Mayor, y recuerdo también que estando preso a consecuencia de este delito solicitó no de sus correligionarios sino de una piadosa dama católica en Madrid, ropas y alpargatas para los presos, ruego que fué atendido con creces por la ilustre señora sin perjuicio de que, después de haber salido de la cárcel el buen Nakens mostrara su agradecimiento a los católicos diciendo que los escupía en la cara. No hicieron caso de mi observación y las hojas calumniosas, con apariencias de históricas y filosóficas, se repartieron.

Hubo quien me arguyó: «El que más y el que menos quisiéramos ser unos Nakens». Me dió asco la réplica, pero callé... hasta que un día no pude más; verá usted.

Se iban a dar unas misiones en la Parroquia donde nosotros vivíamos. A fin de preparar los ánimos aparecieron por allí unas señoras catequistas que iban de grupo en grupo de obreros invitándoles con muy suaves palabras a que asistiesen. Ellas hacían su propaganda como nosotros la nuestra, no obstante un... majadero al oír-

las, después de blasfemar horriblemente, siempre me repugnaron tales palabrotas por lo sucias, las llamó de lo peor, casi las amenazó. No pude contenerme y le dije: Ni educación tienes, eres un sinvergüenza; estas señoras te hacen una súplica, si no la quieres atender no la atiendas, pero no las faltes de ese modo tan asqueroso. Volvió a... rebuznar el salvaje aquel y de una soberbia guantada le tapé la boca. Por la noche fuí herido a traición. Ingresé en el hospital. ¡Bendita herida y bendita estancia en el cristiano establecimiento. De allí salí curado de cuerpo y alma. Ya lo ve usted. Acabo de «cumplir con la Iglesia» cosa que más de once años tenía olvidado.

Tenga usted una de las «hojitas ilustradas (?) que mis excorreligionarios propagan para caza de incautos ¿podiera usted rebatir sus argumentos?

—Precisamente estos argumentos los rebatió de modo admirable, como él sabía hacerlo, el gran Clavarana, no haré más que copiarlos ahora y ya verás.

—Muchas gracias, hágalo más que por mí por tantos infelices como entre las mallas de la granjería anticlerical viven cooperando a su perdición irremediable. A ver si abren los ojos y comprenden como yo en feliz hora que el anticlericalismo solo encaja en ignorantes y malvados.

Correspondencia administrativa

Sr. D. M. G.—Madrid.—Pagó a fin 1915.

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Nuestro respetabilísimo amigo y querido suscriptor el Ilmo. Sr. Arzobispo de Tarragona, don Antolín López Pelaez, acaba de remitirnos su magnífica exhortación, fecha 11 de Marzo pasado, encomiando a los españoles, como él sabe hacerlo, la peregrinación al Pilar al conmemorarse el 20 de Mayo próximo la coronación canónica de la milagrosa Imagen. Peregrinación que ha de ser de penitencia y de súplica para expiación de los pecados nacionales y retorno a la divina gracia.

«Necesitamos pedir por nuestra patria. La humanidad enloquecida empuña las armas del exterminio dejando los útiles del trabajo. Y nosotros deseamos la paz. ¿Dónde pedir lo que tanto para nuestra nación queremos, mejor que en el Santuario augusto que reúne todos los títulos para llamarse nacional». Así nos dice y alienta el sabio Arzobispo.

Por todo muy agradecidos.



En Cangas de Onís ha fallecido el 9 del pasado Marzo a los 48 años de edad, don Emilio Larra Díaz, médico de sólida reputación. Como una prueba de lo querido que era tan bondadoso señor, baste saber que al duelo se asoció todo el comercio de la ciudad cerrando sus puertas desde que el cadáver salió de la casa mortuoria hasta que recibió cristiana sepultura.

A sus buenisimos padres don Ceferino y doña Regina, muy apreciables protectores de EL AMIGO DEL POBRE acompañamos en su profundo dolor y pedimos a nuestros lectores piadosos una oración por el alma del finado.



También tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores el fallecimiento en esta villa, el día 20 del pasado Marzo, de la bondadosísima señora doña Maria del Amparo Acebal y García, viuda de Hevia Villaverde e hija de nuestro muy querido amigo y suscriptor don Sabino Acebal, prestigioso industrial de esta plaza y de nobilísimos sentimientos.

A él y demás apreciable familia reiteramos nuestro pesar por la dolorosa pérdida que acaba de sufrir.

Encomiéndenla a Dios nuestros piadosos lectores en sus oraciones.

R. I. P.

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS

es el

RECETARIO DOMÉSTICO

del Ing. Gherzi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1 014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILI, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón